

Mt 23, 1-39

¹Entonces Jesús habló al pueblo y a sus discípulos: ²En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. ³Seguid, pues, practicando y observando todo lo que os digan, pero no los imitéis en sus obras; porque dicen y no hacen. ⁴Atan cargas pesadas y las echan sobre los hombros de los demás, pero ellos no quieren moverlas siquiera con el dedo. ⁵Hacen todas sus obras para que los hombres los vean: por eso ensanchan sus filacterias y alargan los flecos del manto; ⁶les gusta ocupar los primeros puestos en los banquetes y los primeros asientos en las sinagogas, ⁷acaparar los saludos en las plazas, y que la gente los llame «rabí». ⁸Pero vosotros no dejéis que os llamen «rabí»; porque uno solo es vuestro maestro, mientras todos vosotros sois hermanos. ⁹A nadie en la tierra llaméis padre vuestro; porque uno solo es vuestro Padre: el del cielo. ¹⁰No dejéis que os llamen consejeros; que uno sólo es vuestro consejero: Cristo. ¹¹El mayor de vosotros sea servidor vuestro. ¹²Pues el que se ensalza será humillado, y el que se humille será ensalzado.

¹³¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis a los hombres el reino de los cielos! Pues vosotros no entráis, ni dejáis que entren los que están para entrar. (¹⁴«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que devoráis las casas de las viudas, mientras fingís entregaros a largos rezos! Por eso recibiréis condenación más severa»). ¹⁵¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que recorréis el mar y la tierra para hacer un prosélito, y cuando ya lo es, hacéis de él un hijo de la *gehenna* dos veces peor que vosotros! ¹⁶¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: El que jure por el santuario, a nada está obligado; pero el que jure por el oro del santuario, obligado queda! ¹⁷¡Insensatos y ciegos! ¿Pues qué es más importante, el oro, o el santuario que da al oro carácter sagrado? ¹⁸Como también decís: El que jure por el altar, a nada está obligado; pero el que jure por la ofrenda puesta sobre el altar, obligado queda. ¹⁹¡Ciegos! ¿Pues qué es más importante la ofrenda o el altar que da a la ofrenda carácter sagrado? ²⁰Pues el que jura por el altar, jura por él y por todo lo que hay encima, ²¹ y el que jura por el santuario, jura por él y por quien habita en él, ²² y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por quien está sentado en él.

²³ ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que os preocupáis por el diezmo de la menta, del hinojo y del comino, mientras habéis descuidado lo de más peso en la ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad! Esto es lo que había que practicar y aquello no dejarlo. ²⁴ ¡Guías ciegos, que coláis el mosquito y os tragáis el camello! ²⁵ ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis por fuera la copa y el plato, mas por dentro quedan llenos de rapacidad y desenfreno! ²⁶ ¡Fariseo ciego! Limpia primero por dentro la copa que así quedará limpio también lo de fuera. ²⁷ ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que parecéis sepulcros blanqueados, que por fuera aparecen vistosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de todo lo impuro! ²⁸ Así también vosotros: por fuera parecéis justos delante de los hombres, mas por dentro estáis llenos de hipocresía y de maldad. ²⁹ ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que edificáis los sepulcros de los profetas y adornáis las tumbas de los justos, ³⁰ y decís: Si hubiéramos vivido en los tiempos de nuestros padres, no habríamos sido cómplices de la sangre de los profetas! ³¹ Y con esto, os estáis declarando a vosotros mismos hijos de aquellos que mataron a los profetas. ³² ¡Y ahora vosotros, colmad la medida de vuestros padres! ³³ ¡Serpientes, raza de víboras! ¿Cómo escaparéis a la condenación de la *gehenna*? ³⁴ Por eso, yo os voy a enviar profetas, sabios y escribas: a unos los mataréis y crucificaréis, y a otros los azotaréis en vuestras sinagogas y los perseguiréis de ciudad en ciudad, ³⁵ para que así caiga sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el santuario y el altar. ³⁶ Os lo aseguro: todo esto ha de venir sobre la generación presente.

³⁷ ¡Jerusalén, Jerusalén, la que mata a los profetas y apedrea a los que fueron enviados a ella! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne sus polluelos bajo sus alas! Pero vosotros no quisisteis. ³⁸ Mirad que vuestra casa se quedará para vosotros. ³⁹ Porque yo os digo: Ya no me veréis más hasta que digáis: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

CUANDO LEAS

El capítulo 23 constituye un duro discurso contra escribas y fariseos, donde culmina la polémica de la comunidad cristiana con las autoridades religiosas judías. Se pone de manifiesto cómo el texto que nos ocupa se escribió en el seno de una Iglesia en la que la tensión con los ambientes oficiales judíos alcanzaba niveles preocupantes hasta lindar con la ruptura definitiva, y las polémicas cada día se hacían más ásperas. Reflejan, así, la situación de las primeras comunidades, en conflicto continuo con la sinagoga. De ahí que no nos deben extrañar ciertas generalizaciones y hasta exageraciones. Este discurso puede concebirse como un equivalente del sermón de la montaña, que empieza con las bienaventuranzas (capítulos 5-7). Allí se proclama la doctrina de la verdadera justicia, aquí se pone al descubierto la falsa

justicia del fariseísmo y de los rabinos. El discurso es de una severidad y vigor insuperables. El reproche central que se repite muchas veces, es el de la hipocresía. De este modo se descubre la llaga de la doctrina deteriorada y de la práctica religiosa. El texto presenta **cuatro partes**:

Acusación fundada en principios (vv. 1-7). "En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos". Moisés fue el primer legislador de Israel, y después de él sólo existía la "tradición de los antepasados". En el tiempo de Jesús los transmisores de esta tradición eran los escribas o doctores de la ley, que tenían que proteger y proclamar la ley de Moisés junto con la tradición que se desarrolló de esta ley. Éstos administraban la ley y con ella la voluntad de Dios. Pero en seguida se pone de manifiesto la brecha entre enseñanza y obras: "Dicen y no hacen", "Atan cargas pesadas y las echan sobre los hombros de los demás", "Hacen todas sus obras para que los hombres los vean", "Les gusta ocupar los primeros puestos en los banquetes y los primeros asientos en las sinagogas". Jesús pone de manifiesto una profunda deformación de la Ley, que en vez de vida está engendrando destrucción.

Reglas para los discípulos (vv. 8-12). Este pasaje va dirigido de forma especial a los discípulos. Mateo presenta tres casos en que se dice cómo nadie debe denominarse en la comunidad cristiana: rabí, padre y consejero. En el ambiente judío, los discípulos evitarán darse esos tratamientos, no por resaltar su independencia con respecto al judaísmo, sino por el nuevo conocimiento de las verdaderas proporciones: no es el primero, el principal, el superior el que es considerado en estima en la comunidad cristiana, sino que se revierte el orden: "El mayor de vosotros sea servidor vuestro". De forma que "el que se ensalza será humillado, y el que se humille será ensalzado".

Los siete ayes (vv. 13-31). (El v. 14 corresponde a Mc 12,40 y no pertenece al texto original de san Mateo. El número de los "ayes" del evangelista estaba conscientemente limitado a siete). Se trata de acusaciones muy directas de Jesús, que, al final de su vida, dirige a quienes no han sido capaces de abrirse a la felicidad de las bienaventuranzas propuestas al comienzo del sermón de la montaña. Son "guías ciegos y necios", que mal van a poder conducir al pueblo.

Apóstrofe a Jerusalén (vv. 37-39). Ahora se dirige la palabra a Jerusalén, y con ella también a todo el pueblo, que tiene su centro en la ciudad santa. Jesús fue enviado para reunir las ovejas perdidas de la casa de Israel (15,24), se había esforzado por ellas como una gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas. Con los ayes y este final todo queda envuelto en un misterio. Si un día las multitudes clamaron: "¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!" (21,9b), ahora Jerusalén ha rehusado aceptarle.

CUANDO MEDITES

Fíjate que Jesús no invita a la desobediencia. Por el contrario les dice: "Haced... todo lo que os digan". Él no vino a abolir la Ley sino a darle cumplimiento (v. 5,17) y les insiste en que se tuviera en cuenta "todo". Pero un poco más adelante dice: "No imitéis su conducta". Es decir, un verdadero discípulo de Jesús es el que escucha y hace vida la palabra. Jesús hoy con su palabra te invita a abandonar tus incoherencias. Intenta tomar conciencia de ello.

Reflexiona sobre los principios que guían a la comunidad de Jesús: los primeros son los que sirven, los que se humillan son los ensalzados, como "director, maestro y padre" tienen sólo a Dios. Toma conciencia de quien es el centro de tu vida, de quien mide tus acciones. Observa cómo Jesús critica duramente a las autoridades judías por todo lo que encarnan de mentira, de hipocresía, de desprecio y abuso a los pobres, pues han "descuidado lo de más peso en la ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad".

"Mientras todos vosotros sois hermanos". Jesús hace una contraposición entre las conductas y el modo de relacionarse de los fariseos y escribas y "vosotros", es decir, sus seguidores. Trata de que esta frase encuentre eco en tu corazón: "vosotros sois hermanos".

CUANDO ORES

Bendice a Dios por la vida que hoy te quiere transmitir a través de su Palabra. Acepta lo que de "ruptura" y "enmienda" trae su mensaje para ti en este momento.

Siéntete perteneciendo a su comunidad y agrádecele la gran responsabilidad que te confiere por haberte elegido discípulo, guía y hermano entre tus hermanos.

Únete al coro de aquéllos que un día volverán a exclamar: "¡Bendito el que viene en nombre del Señor!".